

# Cesare Pavese y la hermandad de la muerte

*Blas Matamoro*

Dice Safo en los *Diálogos con Leucó*: «No acepto el destino. Nadie lo acepta. Soy el destino». Excelente fórmula de la libertad humana, una entre las tantas posibles. Una fórmula dicha desde lo trágico, desde lo clásico: ser el destino, no soportarlo ni someterse a él. Esta identidad del sujeto con su destino invierte los términos y altera su perfil de tragedia. Es el sujeto quien protagoniza su destino en el misterio del ser. En este límite, Pavese ejerce un lúcido y minucioso autoanálisis, el que se abre espacio desde la pregunta: ¿quién soy, yo que soy mi destino? Yo, mi destino y el ser somos, al menos, tres. Una suerte de coloquio se articula entre nosotros. Esta conversación anima la radical soledad de Pavese, su constante escucha de sí mismo, de esas voces que acechan su escritura.

No sobra recordar los versos tantas veces citados:

Vendrá la muerte y tendrá tus ojos,  
Esta muerte que nos acompaña  
De la mañana a la noche, insomne,  
Sorda, como un viejo remordimiento  
O un vicio absurdo.

La muerte tendrá tus ojos: tendrá tus mismos ojos, te mirará con tus ojos, te verás con los ojos de la muerte, que son los tuyos. Y también: la muerte hará suyos tus ojos, te quedarás ciego al morir. Bien, pero ¿quién eres tú? Las respuestas obvias harían superflua la pregunta: tú eres el lector, el interpelado por el texto. No obstante, en Pavese cabe otro tú, si es que lo hallamos en su prosa autorreferente, en especial, sus diarios, y lo trasladamos a sus poemas, que tanto se le parecen.

En ocasiones, la triple articulación de ese Quien desplegado en la escritura, se hace explícita («... yo, y no el hombre que está en mí» se lee en el diario del 24.4.1936). En general, se pone en escena, resultando una suerte de narcisismo analítico: el yo del lenguaje, el tú del espejo y ese tercero, infrecuente, el sujeto civil y social conocido como Cesare Pavese. El tú adquiere una connotación sexual: es femenino. La muerte tendrá tus ojos, ojos de mujer, y con ellos te mirará antes de cegarte.

Tiresias (el de *Diálogos con Leucó*) teoriza sobre esta sexualidad mixta: «El sexo es ambiguo y siempre equívoco. Es una mitad que parece un todo». A veces, Pavese se identifica con una mujer: «... tengo una terrible sed de amistad y comunión, como las viejas solteras», escribe a Enzo Monferini en enero de 1938. En general cuando imagina su relación con una mujer, ansía ser poseído y amado como si él fuera otra mujer. A su amiga Fernanda Pivano le recomienda, proyectivamente, como si hablara desde su propia experiencia, que «se haga violar por el primer atleta que encuentre y verá las cosas con ojos más claros» (carta del 4.6.1943).

Es, precisamente en su relación con la Pivano donde mejor se advierte esta alquimia de la «alteración» sexual pavesiana. En algunas de sus cartas la llama Nando y le adjudica un carácter masculino, jugando a ser él mismo una mujer que quiere casarse con él/ella. En una prosa fechada el 25.10.1940, *Análisis de P.*, se dice: «P. Se olvida de enamorar a la mujer en cuestión y, en su lugar, se preocupa de tender toda su propia vida interior hacia ella, de enamorar con ella cada molécula de su propio espíritu, de cortar todos los puentes a su paso». Dicho de otro modo: enamorarse, para Pavese, es interiorizar a la mujer amada, feminizarse y darle ese tú al que antes me he referido. La atracción por la Pivano consiste en que ella le ofrece el espejo invertido, pues se trata de una mujer que se imagina viril y considera el coito como un estupro. Los varones le parecen extraños porque la ven, naturalmente, como una mujer.

Tal suerte de travestismo simbólico orilla la homosexualidad. Muy tempranamente (carta a Tullio Pinelli, 18.8.1927) advierte que lo que denomina «matrimonio monosexual», aunque contrario a la naturaleza, es el único en que el cerebro y el corazón están de acuerdo. Y en 1941, en su prosa *Los medios de F.*, anota: «Un jovencuelo que entra en la vida buscando sistemáticamente compañía femenina (...) es un homosexual que se ignora». En esa orilla tal vez se instale la inhibición sexual de Pavese, el sujeto público, ante las mujeres. Más aún: la mediada, lejana si se quiere, pero inapelable decisión del suicidio. Muy conocida es la alusión de su diario al respecto (27.9.1937): «La fundamental tragedia de la vida es que el hombre que eyacula demasiado rápidamente, es mejor que no hubiera nacido. Es un defecto por el cual vale la pena matarse». Es esa falta de «una cosa» que no puede explicitar a ningún hombre casado y que lo lleva, alguna vez, a hacer el elogio de la castidad y, otras, a considerarse «no ser hombre» (diario del 23.12.1937), en el doble sentido que la palabra *uomo* tiene en italiano y conserva en la traducción: varón y ser humano. No ser, a secas, ser nadie, o ese alguien listo para la eliminación suicida. Creo que el tratamiento pavesiano de la cuestión excede lo psicológico, pero corresponde examinar